

I

Majestuoso, el rechoncho Buck Mulligan apareció en lo alto de la escalera, llevando un cuenco de espuma sobre el que reposaban en cruz un espejo y una navaja. Una bata amarilla, desatada, flotaba suavemente a su espalda en el aire de la mañana. Sostuvo el cuenco en alto y salmodió:

–*Introibo ad altare Dei.*

Se detuvo, miró hacia abajo por el oscuro caracol de la escalera y exclamó groseramente:

–Ven aquí, Kinch. Ven aquí, miedoso jesuita.

De manera solemne avanzó y subió a la plataforma de tiro. Miró a su alrededor y bendijo tres veces con gravedad la torre, la tierra circundante y las montañas que despertaban. Luego, percibiendo a Stephen Dedalus, se inclinó hacia él e hizo rápidas cruces en el aire, gorgoteando y asintiendo. Stephen Dedalus, contrariado y somnoliento, apoyó los brazos en el ápice de la escalera y miró con frialdad la trémula cara gorgoteante que lo bendecía, equina en su largor, y los cabellos sin tonsura, greñudos y de un tinte roble claro.

Buck Mulligan espizó un instante por debajo del espejo y luego cubrió el cuenco con elegancia.

–De vuelta al cuartel –dijo categóricamente.

Y agregó con tono de predicador:

–Porque esta, oh mis muy bienamados, es la verdadera Eucacristina: cuerpo y alma y sangre y llagas. Música lenta, por favor. Cierren los ojos, caballeros. Un momento. Un pequeño inconveniente con esos corpúsculos blancos. Silencio todos.

Guiñó al cielo y dio un largo silbido imperativo y grave, después hizo una pausa de un instante en profunda atención, los dientes blancos y parejos brillando aquí y allá con puntos de oro. Crisóstomo.¹ Dos silbidos largos y agudos respondieron atravesando la calma.

–Gracias, viejo amigo –gritó animadamente–. Está bien. Corta la corriente, ¿quieres?

Abandonó de un salto la plataforma de tiro y miró gravemente a su observador, recogiendo de entre las piernas los pliegues sueltos de su

bata. La sombreada cara rechoncha y la inflada papada oval evocaban a un prelado, un protector de las artes de la Edad Media. Una sonrisa placentera apareció lentamente en sus labios.

–La ironía de las cosas –dijo alegremente–. Tu nombre absurdo, un griego de la antigüedad.

Lo señaló con el dedo en un gesto amistoso y burlón y se dirigió al parapeto, riendo para sí. Stephen Dedalus subió, lo siguió a desgano unos pasos y se sentó en el borde de la plataforma de tiro, mirándolo fijamente mientras apoyaba el espejo contra el parapeto, remojaba la brocha en el cuenco y se enjabonaba mejillas y cuello.

La voz alegre de Buck Mulligan continuó:

–Mi nombre también es absurdo: Malachi Mulligan, dos dácilos. Pero con un aire helénico, ¿no es cierto? Soleado y saltarín como un cabrito. Debemos ir a Atenas. ¿Vendrás si logro que la tía suelte veinte libras?

Dejó la brocha a un costado y, riendo, gritó:

–¿Estará dispuesto a venir el insípido jesuita?

Interrumpiéndose, empezó a afeitarse con cuidado.

–Dime, Mulligan –dijo Stephen tranquilamente.

–¿Qué, mi querido?

–¿Cuánto tiempo se quedará Haines en esta torre?

Buck Mulligan mostró una mejilla afeitada por encima del hombro derecho.

–Dios, ¿verdad que es siniestro? –dijo con franqueza–. Un sajón pesado. Piensa que no eres un caballero. Dios, estos malditos ingleses. Reventando de dinero e indigestión. Porque viene de Oxford. Sabes, Dedalus, tú sí tienes los verdaderos modales de Oxford. No puede entenderte. Oh, el sobrenombre que te di es el mejor: Kinch, hoja de cuchillo.

Se afeitó cuidadosamente la barbilla.

–Se pasó toda la noche desvariando sobre una pantera negra² –dijo Stephen–. ¿Dónde estará el estuche de su fusil?

–Un deplorable lunático –dijo Mulligan–. ¿Te asustaste?

–Claro –dijo Stephen con energía y temor crecientes–. Estar acá en la oscuridad con un tipo al que no conozco que gime y delira que le quiere disparar a una pantera. Tú has salvado a gente que se ahogaba. Pero yo no soy un héroe. Si se queda acá yo me voy.

Buck Mulligan frunció el ceño mirando la espuma sobre la hoja de la navaja. De un salto bajó del parapeto y empezó a explorarse los bolsillos con rapidez.

–Retirada –gritó con voz ronca.

Regresó a la plataforma de tiro y dando un manotazo al bolsillo superior del saco de Stephen dijo:

–Concédeme en préstamo tu soplamos para limpiar la navaja.

Stephen soportó que sacara y exhibiera sosteniéndolo por las puntas un pañuelo sucio y arrugado. Buck Mulligan limpió con cuidado la hoja de la navaja. Luego, mirando el pañuelo, dijo:

–El soplamocos del bardo. Un nuevo matiz de colores para nuestros poetas irlandeses: verdemoco. Uno puede casi saborearlo, ¿no crees?

Volvió a subir al parapeto y echó una mirada a la bahía de Dublín, su bella cabellera robleclara meciéndose al viento.

–Dios –dijo tranquilamente–. ¿No es el mar como lo define Algy: una gran dulce madre?³ El mar verdemoco. El mar fruncescrotos. *Epi oinopa ponton*.⁴ Ah, Dedalus, los griegos. Debo enseñarte. Tienes que leerlos en el original. *Thalatta! Thalatta!*⁵ Es nuestra gran dulce madre. Ven a mirar.

Stephen se levantó y caminó hasta el parapeto. Apoyándose miró hacia el agua y hacia el buque del correo que dejaba atrás la boca de la dársena de Kingstown.

–Nuestra poderosa madre –dijo Buck Mulligan.

Abruptamente volvió sus grandes ojos inquisidores desde el mar hacia el rostro de Stephen.

–La tía piensa que mataste a tu madre –dijo–. Por eso no quiere que tenga nada que ver contigo.

–Alguien la mató –dijo Stephen sombríamente.

–Maldito seas, Kinch, podrías haberte arrodillado cuando tu madre moribunda te lo pidió –dijo Buck Mulligan–. Soy tan hiperbóreo como tú. Pero pensar en tu madre suplicándote con su último aliento que te arrodilles y reces por ella. Y te negaste. Hay algo siniestro en ti...

Se interrumpió y continuó afeitándose suavemente la otra mejilla. Una sonrisa comprensiva curvó sus labios.

–Pero un comediante encantador –murmuró para sí–. Kinch, el más adorable de los comediantes.

Se afeitaba pareja y cuidadosamente, en silencio, con gravedad.

Stephen, con un codo en el granito rugoso, apoyó la palma contra la frente, miró el borde raído de su manga negra y lustrosa. El dolor, que no era todavía el dolor del amor, le inquietaba el corazón. Silenciosamente, en un sueño ella había venido a él después de muerta, su cuerpo devastado en una bolsuda mortaja marrón oliendo a cera y palo de rosa, su aliento, que silencioso y pleno de reproche se había inclinado sobre él, un ligero olor a cenizas húmedas. A través del raído puño de su camisa veía el mar saludado como la gran dulce madre por la bienalimentada voz que estaba a su lado. El anillo de la bahía y el horizonte encerraban una masa líquida de un verde tenue. Un cuenco de blanca porcelana había permanecido junto a su lecho mortal conteniendo la bilis verde y viscosa que arrancaba de su hígado corrupto a fuerza de sonoros vómitos plañideros.

Buck Mulligan volvió a limpiar la hoja de la navaja.

–Ah, pobre carne de perro –dijo en un tono amable–, debo darte una camisa y un par de soplamocos. ¿Qué tal esos pantalones de segunda mano?

–Me quedan bastante bien –respondió Stephen.

Buck Mulligan atacó el hueco bajo el labio inferior.

–Qué ridículo –dijo satisfecho–. De segunda pierna tendrían que ser. Vaya a saber qué palurdo sifiloso los habrá descartado. Tengo un par muy lindo fileteado en gris. Te verías espléndido con ellos. No bromeo, Kinch. Te ves muy bien cuando te arreglas.

–Gracias –dijo Stephen–. No puedo usarlos si son grises.

–No puede usarlos –dijo Buck Mulligan a su propia cara en el espejo–. La etiqueta es la etiqueta. Mata a su madre pero no puede usar pantalones grises.

Plegó prolijamente la navaja y con los palpos acariciantes de sus dedos sintió la piel suave.

Stephen apartó la mirada del mar y la posó en la cara rechoncha con sus movedizos ojos fumazules.

–El tipo con el que estuve en The Ship anoche –dijo Buck Mulligan– dice que padeces p.g.i.⁶ Está en Dottyville⁷ con Conolly Norman. Parálisis general del insano.

Describió con el espejo un semicírculo en el aire para hacer destellar a lo lejos las noticias a la luz del sol que ahora irradiaba el mar. Sus labios afeitados y el borde de sus blancos dientes rutilantes rieron. La risa se apoderó de todo su torso musculoso.

–Pero mírate un poco –dijo–, bardo espantoso.

Stephen se inclinó y echó una mirada al espejo que se le ofrecía, surcado por una rajadura curva, pelos de punta. Como él y los otros me ven. ¿Quién eligió esta cara para mí? Este cuerpo de perro a desparasitar. Él también me lo pregunta.

–Lo robé del cuarto de la sirvientucha –dijo Buck Mulligan–. A ella le sirve. La tía siempre elige criadas feas para Malachi. Que no lo hagan caer en la tentación. Y su nombre es Úrsula.⁸

Riendo otra vez, apartó el espejo de los escrutadores ojos de Stephen.

–La ira de Calibán al no ver su cara en un espejo⁹ –dijo–. Si Wilde estuviese vivo para verte.

Retrocediendo y señalando, Stephen dijo con amargura:

–Es un símbolo del arte irlandés. El espejo rajado de una sirvienta.¹⁰

Buck Mulligan repentinamente deslizó su brazo por el de Stephen y caminó con él alrededor de la torre, la navaja y el espejo entrechocándose en el bolsillo donde los había metido.

–No es justo embromarte de esa manera, Kinch, ¿no es cierto? –dijo amistosamente–. Dios sabe que vales mucho más que cualquiera de ellos.

Defendiéndose. Teme la estocada de mi arte como yo temo a la tuya. El frío acero de la pluma.

—Espejo rajado de una sirvienta. Dile eso al sajón que está abajo y pídele una guinea. Apesta a dinero y cree que no eres un caballero. Su viejo hizo fortuna vendiéndoles jalapa a los zulúes o alguna otra maldita estafa. Dios, Kinch, si tú y yo pudiéramos trabajar juntos haríamos algo por la isla. Helenizarla.

El brazo de Cranly.¹¹ Su brazo.

—Y pensar que tienes que mendigarle a estos cerdos. Soy el único que sabe lo que eres. ¿Por qué no confías más en mí? ¿Qué tienes en mi contra? ¿Es por Haines? Si vuelve a hacer ruido aquí voy a traer a Seymour y le daremos una felpada más dura que la que le dieron a Clive Kempthorpe.

Griterío juvenil de voces adineradas en las habitaciones de Clive Kempthorpe. Carapálidas: se agarran las costillas de la risa, apoyándose unos en otros. ¡Ay, que me muero! Cuéntenselo a su madre con delicadeza. ¡Aubrey! ¡Moriré! Con la camisa hecha jirones azotando el aire, y los pantalones por los tobillos, salta rengueando alrededor de la mesa perseguido por los Ades de Magdalen College con las tijeras del sastre. Una cara de ternero degollado embadurnada de mermelada. ¡No me quiten los pantalones! ¡No quiero jugar al gallito ciego!

Gritos desde la ventana abierta estremecen la noche que cae sobre el patio de honor. Un jardinero sordo, con delantal y cuya máscara es la cara de Matthew Arnold, empuja su cortadora por el césped sombrío mirando de cerca las danzantes motas de hierba cortada.

Para nosotros... nuevo paganismo... omphalos.

—Que se quede —dijo Stephen—. No tiene nada de malo excepto a la noche.

—¿Entonces de qué se trata? —preguntó impaciente Buck Mulligan—. Vomítalo. Soy bastante franco contigo. ¿Qué tienes contra mí ahora?

Se detuvieron, mirando hacia el cabo mocho de Bray Head que yacía en el agua como el morro de una ballena dormida. Stephen liberó su brazo tranquilamente.

—¿Quieres que te lo diga? —preguntó.

—Sí, ¿qué es? —respondió Mulligan—. No recuerdo nada.

Miró la cara de Stephen mientras hablaba. Una brisa recorrió su frente, abanicando con suavidad sus rubios cabellos despeinados y despertando en sus ojos unos plateados puntos de ansiedad.

Stephen, deprimido por su propia voz, dijo:

—¿Recuerdas el primer día que fui a tu casa luego de la muerte de mi madre?

Buck Mulligan frunció brevemente el ceño y dijo:

—¿Qué? ¿Dónde? No puedo recordar nada. Sólo recuerdo ideas y sensaciones. ¿Por qué? Por Dios, ¿qué pasó?

—Estabas preparando el té —dijo Stephen— y yo crucé el vestíbulo para ir a buscar más agua caliente. Tu madre y una visita salieron de la sala. Ella te preguntó quién estaba en tu cuarto.

—¿Sí? —dijo Buck Mulligan—. ¿Qué dije? Me olvido.

—Dijiste —respondió Stephen—: *Oh, es sólo Dedalus cuya madre acaba de morir como una bestia.*

Un rubor que lo hizo parecer más joven y agradable encendió la mejilla de Buck Mulligan.

—¿Yo dije eso? —preguntó—. ¿Y? ¿Qué tiene de malo?

Nervioso, recobró la compostura.

—¿Y qué es la muerte —preguntó—, la de tu madre, la tuya, o la mía propia? Sólo viste morir a tu madre. Yo los veo reventar todos los días en el Mater y en Richmond, y les corto las tripas en la sala de disecciones. Es una cosa bestial y nada más. Sencillamente no tiene importancia. No te arrodillaste ante tu madre para rezar por ella en su lecho de muerte cuando te lo pidió. ¿Por qué? Porque llevas en ti la maldita esencia del jesuita, sólo que inyectada en el lado equivocado. Para mí es todo una broma y bestial. Sus lóbulos cerebrales no funcionan. Llama al doctor Sir Peter Teazle y levanta botones de oro de la colcha. Síguele la corriente hasta que todo termine. Le niegas el último deseo de moribunda a tu madre y todavía te enojas porque no estoy compungido como una llorona alquilada a Lalouette.¹² ¡Es absurdo! Supongo que lo dije. No quise ofender la memoria de tu madre.

Había hablado para darse coraje. Stephen, ocultando las heridas abiertas que esas palabras habían dejado en su corazón, dijo con frialdad:

—No estoy pensando en la ofensa a mi madre.

—¿En qué entonces? —preguntó Buck Mulligan.

—En la ofensa a mí —respondió Stephen.

Buck Mulligan giró sobre sus talones.

—¡Ah, qué tipo imposible! —exclamó.

Empezó a caminar alrededor del parapeto de manera precipitada. Stephen permaneció en su puesto, mirando el mar en calma en dirección al promontorio. Mar y promontorio se volvieron ahora borrosos. La sangre le latía en los ojos, velando su visión, y sintió la fiebre de sus mejillas.

Desde la torre una voz llamó con fuerza:

—¿Estás allí arriba, Mulligan?

—Ya voy —contestó Buck Mulligan.

Se volvió hacia Stephen y dijo:

—Mira el mar. ¿Qué le importan las ofensas? Libérate de Loyola, Kinch, y ven abajo. El Sassenach¹³ quiere sus lonjas matinales.

Su cabeza volvió a hacer un alto por un momento en el ápice de la escalera, a nivel del techo:

—No te quedes todo el día rumiando eso. Soy inconsecuente. Deja ya ese aire melancólico.

Su cabeza desapareció, pero el bordoneo de su voz descendente salió retumbando de la escalera:

*Y ya no más aislarse y cavilar
sobre el amargo misterio del amor
porque Fergus conduce los broncíneos carruajes.*

Las sombras forestales flotaban silenciosamente en la paz matinal desde la torre hacia el mar que él contemplaba. Cerca de la costa y más allá, el espejo del agua blanqueaba, azulado por unos pies austeros y presurosos. Pecho blanco del mar nebuloso. Los énfasis entrelazados, de dos en dos. Una mano punteando las cuerdas del arpa, mezclando sus acordes entrelazados. Blanqueaje de verbos acoplados rielando en la opacidad de la marea.

Una nube empezó a cubrir el sol lentamente, asombrando la bahía con un verde más profundo. Extendido allá abajo, un cuenco de aguas amargas. La canción de Fergus:¹⁴ cantando solo en casa, prolongando los largos acordes sombríos. Su puerta estaba abierta: quería escuchar mi música. Silencioso, con temor y lástima, fui hasta su cabecera. Lloraba en su mísero lecho. Por esas palabras, Stephen: el amargo misterio del amor.

¿Dónde ahora?

Sus secretos: viejos abanicos de plumas, carnets de baile con borlas, empolvadas de almizcle, un adorno de cuentas de ámbar en su cajón cerrado con llave. Una jaula colgada en la soleada ventana de su casa cuando era niña. Ella había escuchado cantar al viejo Royce en la pantomima de Turco el terrible y se había reído con los demás cuando él cantaba:

*Soy el joven
que goza
de invisibilidad.*

Alegría fantasmal, plegada: almizcleperfumada.

Y ya no más aislarse y cavilar.

Plegada en la memoria de la naturaleza con sus juguetes. Los recuerdos acecharon su cerebro melancólico. Su vaso de agua de la canilla después de recibir la comunión. Una manzana cubierta de azúcar negra, asándose para ella en la chimenea un oscuro atardecer de otoño.

Sus uñas bien cuidadas enrojecidas por la sangre de los piojos aplastados en las camisetas de los niños.

En un sueño, silenciosamente, había venido a él, su cuerpo devastado en bolsuda mortaja oliendo a cera y palo de rosa, el aliento inclinado sobre él con mudas palabras secretas, un vago aroma de cenizas húmedas.

Sus ojos vidriosos, mirando fijos desde la muerte para estremecer y quebrar mi alma. En mí solamente. La vela fantasmal para iluminar su agonía. Luz espectral en la cara torturada. Su ronco estertor temblando de espanto, mientras todos rezaban de rodillas. Sus ojos sobre mí para doblegarme. *Liliata rutilantum te confessorum turma circumdet: iubilantium te virginum chorus excipiat.*¹⁵

¡Gul!¹⁶ ¡Devorador de cadáveres!

No, madre. Déjame ser y déjame vivir.

–¡Eh, Kinch!

La voz de Buck Mulligan resonó desde el interior de la torre. Se acercó subiendo por la escalera, llamando otra vez. Stephen, temblando todavía por el grito de su alma, oyó la cálida luz del sol que se extendía y en el aire detrás de él fraternales palabras.

–Dedalus, baja como un buen ratoncito. El desayuno está listo. Haines se disculpa por habernos despertado anoche. Está todo bien.

–Ya voy –dijo Stephen, dándose vuelta.

–Ven, por el amor de Dios –dijo Buck Mulligan–. Por mi bien y por el bien de todos nosotros.

Su cabeza desapareció y reapareció.

–Le mencioné tu símbolo del arte irlandés. Dice que es muy ingenioso. Pídele una libra, ¿quieres? Una guinea quiero decir.

–Esta mañana me pagan –dijo Stephen.

–¿La changa de la escuela? –dijo Buck Mulligan–. ¿Cuánto? ¿Cuatro libras? Préstame una.

–Si te hace falta... –dijo Stephen.

–Cuatro brillantes soberanos –gritó Buck Mulligan con deleite–. Tendremos una gloriosa borrachera como para espantar a los druidos druidas. Cuatro omnipotentes soberanos.

Alzó las manos y bajó los escalones de piedra, cantando una tonada con acento cockney:

*¿Oh, verdad que pasaremos un día divino
tomando whisky, cerveza y vino,
el día de la coronación,
día de la coronación?
¿Oh, verdad que pasaremos un día divino
el día de la coronación?*

La cálida luz del sol jugueteaba sobre el mar. El cuenco de níquel brillaba, olvidado, sobre el parapeto. ¿Debería bajarlo? ¿O dejarlo ahí todo el día, amistad olvidada?

Se inclinó hacia él, lo sostuvo un momento entre las manos, sintiendo su frescura, oliendo la viscosa baba de espuma en la que se incrustaba la brocha. Así llevaba yo el cuenco de incienso en Clongowes.¹⁷ Ahora soy otro y sin embargo el mismo. Un sirviente también. El siervo de un sirviente.

En la lúgubre sala abovedada de la torre la figura en bata de Buck Mulligan se movía ágilmente de acá para allá en torno a la chimenea, ocultando y revelando su fulgor amarillo. Dos jabalinas de tenue luz del día cayeron desde las altas barbacanas sobre el piso desparejo: y en la conjunción de sus rayos flotaba, girando, una nube de humo de carbón y grasa frita.

—Vamos a asfixiarnos —dijo Buck Mulligan—. Haines, abre esa puerta, por favor.

Stephen apoyó el cuenco de afeitar sobre el aparador. Una alta figura se levantó de la hamaca donde había estado sentada, se dirigió a la entrada y abrió la puerta cancel.

—¿Tienes la llave? —preguntó una voz.

—Dedalus la tiene —dijo Buck Mulligan—. ¡Janey Mack, me asfixio!

Aulló, sin apartar la vista del fuego:

—¡Kinch!

—Está puesta en la cerradura —dijo Stephen, adelantándose.

La llave giró chirriando dos veces, y cuando la pesada puerta se entreabrió una luz bienvenida y un aire claro entraron. Haines permaneció en el umbral, mirando hacia afuera. Stephen plantó su valija desvencijada sobre la mesa y se sentó a esperar. Buck Mulligan arrojó las frituras sobre una fuente que tenía a su lado. Luego llevó la fuente y una gran tetera hasta la mesa, las apoyó pesadamente y suspiró con alivio.

—Me estoy derritiendo, como dijo la vela cuando... Pero basta. Ni una palabra más sobre ese asunto. Kinch, despábilate. Pan, manteca, miel. Haines, entra. La comida está servida. Bendícenos, oh, Señor, y a estas tus ofrendas. ¿Dónde está el azúcar? Qué cosa, no hay leche.

Stephen trajo la hogaza y un pote de miel y la mantequera de la alacena. Buck Mulligan se sentó, con un repentino ataque de mal humor.

—¿Qué clase de pocilga es esta? Le dije que venga a las ocho.

—Podemos tomarlo negro —dijo Stephen—. Hay un limón en la despensa.

—Oh, maldito seas tú y tus modas de París —dijo Buck Mulligan—. Quiero leche de Sandycove.

Haines regresó desde el umbral y dijo tranquilamente:

—Ahí viene la mujer con la leche.

–Dios te bendiga –exclamó Buck Mulligan, saltando de la silla–. Tomen asiento. Sírvanse té por ahí. El azúcar está en la bolsa. Listo, no puedo seguir manoseando estos malditos huevos.

Tajeó la fritura en la fuente y la arrojó en tres platos, diciendo:

–*In nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti.*

Haines se sentó para servir el té.

–Dos terrones a cada uno –dijo–. Pero creo, Mulligan, que haces el té demasiado cargado, ¿no te parece?

Cortando gruesas rebanadas de pan, Buck Mulligan impostó una voz de vieja zalamera:

–Cuando hago tés, hago tés, como decía la vieja Grogan. Y cuando hago aguas, hago aguas.

–Por Dios, esto sí que es té –dijo Haines.

Buck Mulligan siguió cortando pan y bromeando:

–*Lo mismo hago yo, Mrs. Cahill*, dice ella. *Caramba, madame*, dice Mrs. Cahill, *Dios no permita que haga usted las dos cosas en el mismo pote.*

Lanzó de una estocada a cada uno de sus comensales una gruesa rebanada de pan, empalada en el cuchillo.

–Eso es folclore para tu libro, Haines –dijo muy seriamente–. Cinco líneas de texto y diez páginas de notas sobre el folclore y los piscisdioses de Dundrum.¹⁸ Impreso por las extrañas hermanas en el año del ventarrón.

Se volvió hacia Stephen y arqueando las cejas preguntó en tono de profunda curiosidad:

–¿Recuerdas, hermano, si el caldero del té y el agua de la madre Grogan se mencionan en el Mabinogion o en los Upanishads?

–Lo dudo –dijo Stephen gravemente.

–¿Ahora lo dudas? –dijo Buck Mulligan en el mismo tono–. ¿Tus razones, por favor?

–Se me ocurre –dijo Stephen mientras comía– que no existió ni dentro ni fuera del Mabinogion. Uno imagina a la madre Grogan como parienta de Mary Ann.

La cara de Buck Mulligan sonrió con delicia.

–Encantador –dijo con voz melindrosa y apacible, mostrando sus dientes blancos y entrecerrando los ojos con agrado–. ¿Eso crees? Muy encantador.

Luego, con las facciones repentinamente ensombrecidas, gritó con un ronco vozarrón, mientras seguía cortando vigorosamente rodajas de pan:

*Porque a la vieja Mary Ann
no le importa el qué dirán,
pero, alzándose la enagua...*

Se llenó la boca de fritura y mascó y masculló.
El portal fue oscurecido por una forma entrante.

–La leche, señor.

–Adelante, doña –dijo Mulligan–. Kinch, trae la jarra.

Una vieja avanzó y se paró junto al codo de Stephen.

–Es una hermosa mañana, señor –dijo–. Gloria a Dios.

–¿A quién? –dijo Mulligan, echándole una mirada–. Ah, seguro.

Stephen se estiró hacia atrás y tomó la jarra del aparador.

–Los isleños –le dijo Mulligan a Haines como al pasar– hablan con frecuencia sobre el recolector de prepucios.

–¿Cuánto, señor? –preguntó la vieja.

–Un litro –dijo Stephen.

La observó verter dentro de la medida y de allí a la jarra una gorda leche blanca, no de ella. Viejas ubres mustias. Volvió a verter una medida completa y la yapa. Vieja y misteriosa había entrado desde un mundo matutino, tal vez como mensajera. Ponderaba la calidad de la leche mientras la vertía. Agachada, junto a una paciente vaca, al alba en un prado exuberante, como una bruja en su hongo, los dedos veloces y arrugados sobando unas tetas chorreantes. Reconociéndola, a su alrededor las vacas mugían; rociosedoso ganado. Seda del ganado y pobre vieja,¹⁹ así se la llamaba en los viejos tiempos. Una bruja errante, forma degradada de un inmortal, sirviendo a su conquistador y a su alegre traidor, la cornuda en común, mensajera de la secreta mañana. Para servir o para reprochar, él no podría decirlo; pero desestimaba solicitar su aprobación.

–Excelente, doña –dijo Buck Mulligan, vertiendo leche en las tazas.

–Pruébela, señor –dijo la vieja.

Bebió ante su pedido.

–Si tan solo pudiéramos vivir de un alimento tan bueno –le dijo a la vieja alzando un tanto la voz–, no tendríamos el país lleno de dientes podridos y de intestinos podridos. Viviendo en un chiquero, comiendo comida barata y con las calles cubiertas de polvo, bosta de caballo y escupitajos de tuberculosos.

–¿Es usted estudiante de medicina, señor? –preguntó la vieja.

–Así es, doña –respondió Buck Mulligan.

Stephen escuchaba en un silencio arrogante. Ella inclina su cabeza vieja ante una voz que le habla fuerte, su sanahuesos, su medicombre; a mí me ignora. Ante la voz que confesaré y ungiré para la tumba todo lo que haya en ella excepto sus impuros ijares de mujer, de la carne del hombre hecha y no a semejanza de Dios, una presa de la serpiente. Y ante la voz fuerte que ahora le ordena quedarse callada con inquietos ojos asombrados.

–¿Entiende lo que él dice? –le preguntó Stephen.

–¿Es francés lo que habla usted, señor? –le preguntó la vieja a Haines. Haines volvió a hablarle, extensa y confidencialmente.

–Irlandés –dijo Buck Mulligan–. ¿Sabe usted algo de gaélico?

–Pensé que era irlandés –dijo ella–, por como suena. ¿Es usted del oeste, señor?

–Soy inglés –respondió Haines.

–Es inglés –dijo Buck Mulligan–, y cree que en Irlanda deberíamos hablar irlandés.

–Claro que sí –dijo la vieja–, y me avergüenza no hablarlo. Es una gran lengua, según los que saben.

–Grande no es la palabra –dijo Buck Mulligan–. Absolutamente hermosa. Sírvenos un poco más de té, Kinch. ¿Querría usted una taza, doña?

–No, gracias, señor –dijo la vieja, ensartando en su brazo el aro del tarro de leche ya lista para marcharse.

Haines dijo:

–¿Tiene la cuenta? Sería mejor pagarle, Mulligan, ¿no crees?

Stephen volvió a llenar las tres tazas.

–¿La cuenta, señor? –dijo, deteniéndose–. Bueno, son siete mañanas de medio litro a dos peniques, siete veces dos son un chelín y dos peniques, y estas tres mañanas un litro a cuatro peniques son tres litros por un chelín más un chelín y dos peniques son dos y dos, señor.

Buck Mulligan suspiró y luego de llenarse la boca con una corteza enmantecada de los dos lados estiró las piernas y empezó a buscar en los bolsillos del pantalón.

–Poniendo estaba la gansa –le dijo Haines, sonriendo.

Stephen llenó una tercera taza, una cucharada colmada de té coloreando delicadamente la espesa leche cruda. Buck Mulligan sacó un florín, lo hizo girar entre sus dedos y exclamó:

–¡Milagro!

Lo deslizó hacia la vieja a lo largo de la mesa, diciendo:

–No me pidas más, dulzura. Todo lo que puedo te lo doy.

Stephen depositó la moneda en la mano laxa.

–Le quedamos debiendo dos peniques –dijo.

–No hay apuro, señor –dijo ella, tomando la moneda–. No hay apuro. Buen día, señor.

Hizo una reverencia y salió, seguida por el tierno canto de Buck Mulligan:

*–Corazón de mi corazón, si más hubiera,
Cuánto más habría puesto a tus pies.²⁰*

Se volvió hacia Stephen y dijo:

–En serio, Dedalus, estoy quebrado. Corre a esa changa de la escuela y trae algo de dinero. Hoy los bardos tienen que beber y salir de farra. Irlanda espera que todo hombre cumpla este día con su deber.²¹

–Eso me recuerda –dijo Haines, levantándose– que hoy debo visitar vuestra biblioteca nacional.

–La natación primero –dijo Buck Mulligan.

Se dirigió a Stephen y le preguntó suavemente:

–¿Es hoy el día de tu baño mensual, Kinch?

Luego dijo a Haines:

–El sucio bardo hace de bañarse una vez al mes una cuestión de honor.

–Toda Irlanda es bañada por la corriente del golfo –afirmó Stephen mientras dejaba caer miel en una rodaja de pan.

Haines habló desde el rincón donde estaba anudando un pañuelo flojo alrededor del cuello desabrochado de su camisa de tenis:

–Pienso hacer una compilación de sus frases, si me lo permite.

Me hablan. Se lavan y se bañan y se refriegan. Mordiscón de culpa.²² Conciencia. Todavía queda aquí una mancha.²³

–La del espejo rajado de una sirvienta como símbolo del arte irlandés es terriblemente buena.

Buck Mulligan le dio un puntapié a Stephen por debajo de la mesa y dijo en tono cálido:

–Espera oírlo hablar de Hamlet, Haines.

–Lo digo en serio –dijo Haines, sin dejar de dirigirse a Stephen–. Justamente estaba pensando en eso cuando entró esa pobre vieja.

–¿Y eso me reportará algún dinero? –preguntó Stephen.

Haines se rio y, mientras tomaba su sombrero gris del anclaje de la hamaca, dijo:

–No lo sé, estoy seguro.

Caminó despacio hacia la entrada. Buck Mulligan se inclinó hacia Stephen y dijo con vigor grosero:

–Metiste la pata. ¿Para qué le dijiste eso?

–¿Y qué hay? –dijo Stephen–. El problema es conseguir dinero. ¿De quién? De la lechera o de él. Cara o ceca, eso es todo.

–Yo le hablo bien de ti –dijo Buck Mulligan–, y sales con tu piojoso desprecio y tus sórdidas ironías de jesuita.

–Veo muy pocas esperanzas –dijo Stephen–, ya sea de parte de ella o de parte de él.

Buck Mulligan suspiró trágicamente y apoyó la mano en el brazo de Stephen.

–De mí, Kinch –dijo.

En un tono súbitamente distinto agregó:

–A decir verdad, creo que tienes razón. Es para lo único que sirven. ¿Por qué no te diviertes con ellos como yo? Al diablo con ellos. Salgamos de aquí.

Se puso de pie, se aflojó el cinturón y se quitó la bata diciendo resignado:

–Mulligan es despojado de sus vestiduras.

Vació sus bolsillos sobre la mesa.

–Ahí tienes tu soplamos.

Y poniéndose el cuello acartonado y la rebelde corbata les habló reprendiéndolos, y a la bamboleante cadena de su reloj. Sus manos revolvieron el baúl en busca de un pañuelo limpio. Mordiscón de culpa. Dios mío, sencillamente tenemos que vestir al personaje. Quiero guantes grises y botas verdes. Contradicción. ¿Me contradigo? Muy bien, entonces me contradigo.²⁴ Mercurial Malachi. Un flácido misil negro voló de sus manos parlanchinas.

–Y aquí tienes tu sombrero del barrio latino –dijo.

Stephen lo recogió y se lo puso. Haines los llamó desde la puerta:

–¿Vienen, muchachos?

–Yo estoy listo –respondió Buck Mulligan, yendo hacia la puerta–. Salgamos, Kinch. Te comiste todo lo que dejamos, supongo.

Resignado se dirigió hacia afuera con aire y palabras graves, diciéndolo casi apenado:

–Y, al salir, halló a Margamente.²⁵

Tomando su bastón del lugar donde estaba apoyado, Stephen los siguió y mientras bajaban la escalera tiró de la lenta puerta de hierro y la cerró con llave. Se puso la enorme llave en el bolsillo interior.

Al pie de la escalera Buck Mulligan preguntó:

–¿Trajiste la llave?

–La tengo –respondió Stephen, precediéndolos.

Siguió caminando. Detrás de sí escuchó a Buck Mulligan golpear los vástagos de los helechos o las hierbas con su pesada toalla de baño.

–Abajo, señor. Cómo se atreve, señor.

Haines preguntó:

–¿Pagan alquiler por esta torre?

–Doce libras –dijo Buck Mulligan.

–Al Ministerio de Guerra –agregó Stephen por sobre el hombro.

Se detuvieron mientras Haines estudiaba la torre y finalmente decía:

–Más bien lúgubre en invierno, diría. ¿Le dicen Martello?

–Billy Pitt la hizo construir –dijo Buck Mulligan– cuando los franceses estaban en el mar. Pero nuestro es el *omphalos*.

–¿Cuál es su teoría sobre Hamlet? –preguntó Haines a Stephen.

–No, no –gritó Buck Mulligan afligido–. No estoy a la altura de Tomás de Aquino y las cincuenta y cinco razones que inventó para apuntalarla. Espera a que me tome algunas pintas primero.

Se volvió hacia Stephen diciendo, mientras tiraba prolijamente hacia abajo las puntas de su chaleco amarillo claro:

–No podrías argumentar con menos de tres pintas, Kinch, ¿no es cierto?

–Ha esperado tanto –dijo Stephen distraídamente– que bien puede esperar un poco más.

–Estimulan mi curiosidad –dijo Haines amablemente–. ¿Se trata de una paradoja?

–¡Uf! –dijo Buck Mulligan–. Estamos de vuelta de Wilde y las paradojas. Es bastante simple. Él demuestra por medio del álgebra que el nieto de Hamlet es el abuelo de Shakespeare y que él mismo es el fantasma de su propio padre.

–¿Qué? –dijo Haines señalando a Stephen–. ¿Él?

Buck Mulligan se puso la toalla alrededor del cuello como una estola y doblándose de risa le dijo al oído de Stephen:

–¡Oh, sombra de Kinch el ancestro! ¡Jafet en busca de un padre!

–A la mañana siempre estamos cansados –dijo Stephen a Haines–. Y es más bien largo de contar.

Avanzando nuevamente, Buck Mulligan alzó las manos:

–Sólo la sagrada pinta puede destrabar la lengua de Dedalus.

–Quiero decir –le explicó Haines a Stephen a medida que avanzaban– que esta torre y estos acantilados me recuerdan un poco a Elsinore. *Que se adentra sobre su base en el mar*, ¿no es cierto?

Buck Mulligan se volvió repentinamente hacia Stephen pero no habló. En el quieto instante luminoso Stephen vio su propia imagen vestida de luto barato y polvoriento en medio de los atuendos alegres de los otros dos.

–Es un cuento maravilloso –dijo Haines, haciendo que volvieran a detenerse.

Ojos, pálidos como el mar refrescado por el viento, más pálidos, firmes y prudentes. Amo de los mares, miró hacia el sur sobre la bahía, desierta a no ser por la pluma de humo del buque-correo, difusa en el horizonte luminoso, y un velero virando cerca de los Muglins.

–He leído por ahí una interpretación teológica de eso –dijo absorto–. La noción del Padre y del Hijo. El Hijo esforzándose por identificarse con el Padre.

Buck Mulligan exhibió de inmediato una cara iluminada por una amplia sonrisa. Los miró, su bien formada boca entreabierta de alegría, los ojos, de los que se había borrado de repente toda ironía, pestañeando con loco regocijo. Moviéndose de un lado a otro una cabeza de muñeco, haciendo temblar las alas de su panamá, y empezó a cantar despacio con voz alegre y tonta:

*Un tipo más extraño no hubo ni lo habrá
mi madre era judía y un ave mi papá
con José el carpintero andamos como el culo,
salud por el Calvario y los doce discípulos.*

Levantó un índice admonitorio.

*Si alguno acaso piensa que yo no soy divino
no tendrá tragos libres cuando haga mi vino
y agua solamente le daré de beber
cuando agua ese vino otra vez vuelva a ser.*

Tiró rápidamente del bastón de Stephen a modo de despedida y, corriendo hacia una saliente del acantilado, movió las manos como si fuesen aletas o alas de alguien que estuviese por levantar vuelo, y salmodió:

*Adiós, adiós, entonces. Escribid lo que os digo
que Tom como Dick y Harry sepan que he renacido.
Lo que viene en el hueso no traiciona mi vuelo
y brisa de los Olivos... me voy y me despido.*

Hizo un par de cabriolas delante de ellos en dirección al hoyo de los cuarenta pies, con el batir de sus alamanos, saltando con agilidad, y su yelmo de Mercurio estremeciéndose en el viento fresco que les devolvía sus breves trinos de pajarón.

Haines, que había estado riéndose por lo bajo, se acercó a Stephen diciendo:

–Supongo que no deberíamos reírnos. Es un poco blasfemo. Tampoco soy creyente, debo reconocerlo. Aunque su alegría en cierta forma le quita maldad, ¿no le parece? ¿Cómo dijo que se llamaba? ¿José el Carpintero?

–La balada del Jesús Jocosos –respondió Stephen.

–Oh –dijo Haines–, ¿la había escuchado antes?

–Tres veces al día, después de las comidas –respondió Stephen secamente.

–¿Usted no es creyente, verdad? –preguntó Haines–. Quiero decir, creyente en el sentido estricto de la palabra. Creación a partir de la nada y milagros y un Dios personal.

–Me parece que la palabra tiene sólo un sentido –dijo Stephen.

Haines se detuvo para sacar una delicada caja de plata en la que destellaba una piedra verde. La abrió de golpe con el pulgar y la ofreció.

–Gracias –dijo Stephen, tomando un cigarrillo.

Haines se sirvió y cerró la caja con un chasquido. La volvió a guardar en el bolsillo lateral y sacó del chaleco un encendedor niquelado, lo abrió de golpe también, y luego de encender su cigarrillo extendió hacia Stephen la mecha flameante protegiendo la llama en el cuenco de sus manos.

–Sí, por supuesto –dijo mientras reanudaban la marcha–. Se cree o no se cree, ¿no es así? Personalmente, nunca pude digerir esa idea de un Dios personal. ¿Usted no está a favor de eso, supongo?

–Usted ve en mí –dijo Stephen, con disgusto– un horroroso ejemplo de librepensador.

Siguió caminando, esperando que le hablaran, arrastrando a su lado el bastón. La contera lo seguía livianamente en la huella, chirriando en sus talones. El familiar que marcha detrás de mí, llamando Steeeeeeeeeeephen. Una línea zigzagueante a lo largo del sendero. Ellos la pisarán esta noche, al regresar en la oscuridad. Él quiere esa llave. Es mía. He pagado el alquiler. Ahora como de su pan salado.²⁶ Darle también la llave. Todo. Me la pedirá. Se le veía en los ojos.

–Después de todo... –comenzó Haines.

Stephen se dio vuelta y advirtió que la fría mirada que lo había medido no era del todo severa.

–Después de todo, yo diría que es capaz de liberarse. Usted es dueño de sí mismo, me parece.

–Soy el siervo de dos amos –dijo Stephen–, un inglés y un italiano.

–¿Italiano? –dijo Haines.

Una reina loca, vieja y celosa. Arrodíllate ante mí.

–Y un tercero –dijo Stephen–, que me necesita para los mandados.

–¿Italiano? –repitió Haines–. ¿Qué quiere usted decir?

–El Estado Imperial Británico –respondió Stephen, ruborizándose– y la santa Iglesia católica apostólica romana.

Haines desprendió de su labio inferior unas hebras de tabaco antes de hablar.

–Puedo comprender muy bien eso –dijo tranquilamente–. Un irlandés debe pensar así, me atrevo a decir. En Inglaterra sentimos que los hemos tratado de una manera bastante injusta. Parece que la historia tiene la culpa.

Los ostentosos y potentes títulos hicieron doblar en la memoria de Stephen el triunfo de sus bronceas campanas: *et unam sanctam catholicam et apostolicam ecclesiam*; la crecida lenta, el cambio de rito y de dogma como los de sus propios y preciosos pensamientos, una alquimia de estrellas. Símbolo de los apóstoles en la misa del papa Marcelo, las voces mezcladas, cantando fuerte un solo de afirmación; y detrás del canto el ángel de la guarda de la iglesia militante desarmaba y amenazaba a sus heresiarcas. Una horda de herejías huyendo con las mitras

torcidas: Focio y la casta de bufones a los que pertenecía Mulligan; y Arrio, batallando toda su vida contra la consubstancialidad del Hijo con el Padre; y Valentín, rechazando el cuerpo terrenal de Cristo; y el sutil heresiarca africano Sabelio, que sostenía que el Padre era él mismo su propio Hijo. Palabras que Mulligan había pronunciado hacía apenas un momento burlándose del extranjero. Vana burla. El vacío aguarda sin duda a todos aquellos que tejen el viento; los amenaza, los desarma y los aniquila, esos ángeles belicosos de la iglesia, las huestes de Miguel, que la defienden por siempre a la hora de la discordia con sus escudos y sus lanzas.

Escucha. Escucha. Prolongados aplausos. *Zut! Nom de Dieu!*

—Desde luego soy británico —dijo la voz de Haines—, y pienso como tal. Tampoco quiero ver a mi país caer en manos de los judíos alemanes. Me temo que es nuestro problema nacional en este preciso momento.

Dos hombres parados al borde del acantilado, mirando: hombre de negocios, barquero.

—Está maniobrando para entrar en la dársena Bullock.

El barquero señaló con la cabeza, desdeñosamente, hacia el norte de la bahía.

—Hay cinco brazas allí —dijo—. La pleamar de la una lo arrastrará hacia allá. Con el de hoy ya van nueve días.

El hombre que se ahogó. Una vela que vira por la bahía desierta a la espera de que un bulto hinchado emerja a la superficie, volviendo hacia el sol una cara inflada, blanca de sal. Aquí estoy.

Bajaron hacia la caleta siguiendo el sendero zigzagueante. Buck Mulligan de pie sobre una piedra, en mangas de camisa, la corbata suelta aleteando sobre el hombro. Un joven, cerca, aferrándose a una saliente de rocas, agitaba ranamente sus piernas verdes en la profunda gelatina del agua.

—¿Está tu hermano contigo, Malachi?

—En Westmeath. Con los Bannon.

—¿Todavía allí? Recibí una postal de Bannon. Dice que encontró una cosita joven y dulce. Le dice la chica de las fotos.

—Una instantánea, ¿eh? Exposición breve.

Buck Mulligan se sentó para desatarse las botas. La cara rojiza de un hombre mayor surgió de repente cerca de la saliente de roca, bufando. Trepó por la ladera de piedra, agua que le brillaba en la coronilla y en la guirnalda de sus cabellos grises, agua que corría en arroyos por su pecho y su panza y que chorreaba de su fofo taparrabos negro.

Buck Mulligan se hizo a un lado para dejarlo trepar y mirando hacia Haines y Stephen se persignó piadosamente con la uña del pulgar en frente, labios y esternón.

–Seymour está de vuelta –dijo el joven, aferrándose otra vez a la saliente de roca–. Dejó medicina y va a entrar al ejército.

–Ah, por Dios –dijo Buck Mulligan.

–Se va la semana que viene para foguearse. ¿Conoces a esa chica de Carlisle, la pelirroja, Lily?

–Sí.

–A los abrazos con él la otra noche en el muelle. El padre está podrido en plata.

–¿Está preñada?

–Mejor se lo preguntas a Seymour.

–Seymour, un maldito oficial –dijo Buck Mulligan.

Asintió para sí mientras se sacaba los pantalones y se ponía de pie, diciendo una frase trillada:

–Las pelirrojas lo hacen como las cabras.

Alarmado, se palpó uno de los flancos bajo la camisa que flameaba.

–Mi décimo segunda costilla no está más –gritó–. Soy el *Übermensch*. El desdentado Kinch y yo, los superhombres.

Se sacó la camisa y la revoleó hacia donde estaba el resto de su ropa.

–¿Te vas a meter aquí, Malachi?

–Sí, hazme lugar en la cama.

El joven se impulsó vigorosamente hacia atrás en el agua, y en dos largas brazadas alcanzó el centro de la caleta. Haines se sentó sobre una piedra, fumando.

–¿No vienes? –preguntó Buck Mulligan.

–Más tarde –dijo Haines–. No tan cerca del desayuno.

Stephen se dio vuelta.

–Me voy, Mulligan –dijo.

–Dame esa llave, Kinch –dijo Buck Mulligan–, para mantener mi chemise planchada.

Stephen le alcanzó la llave. Buck Mulligan la puso encima de la ropa amontonada.

–Y dos peniques –dijo–, para una pinta. Déjalos allí.

Stephen arrojó dos peniques sobre la pila blanda. Vestirse, desvestirse.

Erecto, con las manos juntas adelante, Buck Mulligan dijo solemnemente:

–Aquel que le roba al pobre le presta al Señor. Así habló Zaratustra. Su cuerpo rechoncho se zambulló.

–Nos vemos –dijo Haines, volviéndose hacia Stephen que subía por el sendero y sonriendo todavía por el irlandés salvaje.

Cuerno de toro, casco de caballo, sonrisa de sajón.

–The Ship –gritó Buck Mulligan–. A las doce y media.

–De acuerdo –dijo Stephen.

Avanzó por el sendero empinado y sinuoso.

Liliata rutilantium.
Turma circumdet.
Iubilantium te virginum.

El halo gris del sacerdote en un nicho donde se vestía con discreción.
No dormiré aquí esta noche. A casa tampoco puedo ir.

Una voz dulcítona y sostenida lo llamó desde el mar. Al doblar la curva saludó con la mano. La voz volvió a llamar. Una cabeza lisa y marrón, de foca, mar adentro, redonda.

Usurpador.